

senta como un pequeño compendio teológico de la misericordia. Muestra, en efecto, al Hijo que carga sobre sus hombros al hombre extraviado, recuperando así una imagen muy apreciada en la Iglesia antigua, porque indicaba el amor de Cristo que lleva a término el misterio de su encarnación con la redención. El dibujo se ha realizado de manera que se destaque el Buen Pastor que toca en profundidad la carne del hombre, y lo hace con un amor capaz de cambiarle la vida. Además, es inevitable notar un detalle particular: el Buen Pastor con extrema misericordia carga sobre sí la humanidad, pero sus ojos se confunden con los del hombre. Cristo ve con el ojo de Adán y este lo hace con el ojo de Cristo. Así, cada hombre descubre en Cristo, nuevo Adán, la propia humanidad y el futuro que lo espera, contemplando en su mirada el amor del Padre.

La escena se coloca dentro de un marco oval o *mandorla* que es también una figura importante en la iconografía antigua y medieval por cuanto evoca la copresencia de las dos naturalezas, divina y humana, en Cristo. Los tres óvalos concéntricos, de color progresivamente más claro hacia el externo, sugieren el movimiento de Cristo que saca al hombre fuera de la noche del pecado y de la muerte. Por otra parte, la profundidad del color más oscuro sugiere también el carácter inescrutable del amor del Padre que todo lo perdona.



JUBILEO
DEL AÑO SANTO
DE LA MISERICORDIA
MANUAL
PARA CAMAR
LAS INDULGENCIAS

El Jubileo y las Indulgencias

¿Qué es el Año Jubilar de la Misericordia?

El Jubileo extraordinario de la Misericordia es un tiempo propicio para la Iglesia, un tiempo de gracia y de encuentro con la Misericordia de Dios para todos los creyentes, un año para experimentar y vivir la cercanía del Padre que alcanza con su amor a cada ser humano, un oportunidad para fortalecer nuestra fe con esta experiencia y para hacer más fuerte y eficaz el testimonio de todos los creyentes. Se trata de un año que estará marcado, pues, por toda una serie de signos que ayuden a sentir esa Misericordia del Padre y a emprender acciones concretas para ser misericordiosos como el Padre es y ha sido misericordioso con nosotros.

¿Qué son las indulgencias?

El sacramento de la Penitencia es donde se perdonan los pecados: esto significa que se perdona la culpa debida al pecado. Sin embargo, todo pecado tiene una doble consecuencia: la pena temporal y la pena eterna. La pena eterna es la que nos hace incapaces de la vida eterna porque nos priva de la comunión con Dios. La pena temporal

es la purificación de los rastros que el pecado ha producido en nosotros. Esta purificación se realiza en esta vida aceptando y viviendo cristianamente los sufrimientos que se nos presentan o después de la muerte en el Purgatorio.

Las indulgencias son el perdón de esa pena temporal que se tendría que purificar en el Purgatorio. Este perdón se obtiene por la mediación de la Iglesia, que es la dispensadora del tesoro de los méritos de Cristo y de los santos: esto es la Comunión de los Santos. Para ello, el cristiano, cumple determinadas condiciones y obtiene para sí mismo o para los difuntos el perdón de la pena temporal. Esto significa que aplicando las indulgencias por los difuntos se implora a Dios que, purificados de esa pena temporal, pasen del Purgatorio al Cielo. Sin embargo, no pueden aplicarse por otras personas vivas, ya que, si así lo desean, pueden ganarlas por ellas mismas.

Es importante recordar que las cosas que el cristiano hace para alcanzar las indulgencias son obras por las cuales da muestras de que reconoce sus faltas y pecados y quiere retomar su vida de una manera diferente: es decir, la conversión. Por esto, además de la acción con la cual se obtiene la indulgencia, se debe acercarse a la Penitencia.

Por la Comunión de los Santos (la participación de los méritos de Cristo y de los santos), también es importante orar por las intenciones del Santo Padre, para que pueda seguir cumpliendo su misión en la Iglesia y la participación en la Misa con la Comunión eucarística, para que participando de un mismo Pan formemos en Cristo un solo cuerpo en el que no haya ninguna división. Junto con ello, recitará el Credo, pues tenemos un solo Señor, una sola fe, un solo Bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, lo penetra todo y está en todos.

**Tú has querido que también tus ministros
fueran revestidos de debilidad
para que sientan sincera compasión
por los que se encuentran en la ignorancia o en el error:
haz que quien se acerque a uno de ellos
se sienta esperado, amado y perdonado por Dios.
Manda tu Espíritu y conságranos a todos con su unción
para que el Jubileo de la Misericordia
sea un año de gracia del Señor y tu Iglesia pueda,
con renovado entusiasmo, llevar la Buena Nueva
a los pobres, proclamar la libertad a los prisioneros y
oprimidos y restituir la vista a los ciegos.
Te lo pedimos por intercesión de María, Madre de la
Misericordia, a ti que vives y reinas con el Padre
y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.**



El Logo

El logo que constituye un compendio teológico de la misericordia y del lema que lo acompaña.

Descripción del Logo:

El logo y el lema ofrecen juntos una buena síntesis del Año jubilar. Con el lema **Misericordiosos como el Padre** (tomado del Evangelio de Lucas, 6,36) se propone vivir la misericordia siguiendo el ejemplo del Padre, que pide no juzgar y no condenar, sino perdonar y amar sin medida (cfr. Lc 6,37-38).

El logo —obra del jesuita Marko I. Rupnik— se pre-

confirme en la fe a todos los hermanos,
para que toda la Iglesia se mantenga en comunión
con él por el vínculo de la unidad, el amor y la paz.
Concédele valor, sabiduría y amor a tu pueblo,
para que él sirva con fidelidad
a todas aquellas personas a quienes tú
le has confiado sus cuidados
y lleve a tu Iglesia unida
en la fe, de corazón y voluntad,
mientras procuramos llevar
a su pleno cumplimiento la misión
de tu Hijo, Jesucristo, nuestro Señor,
que vive y reina contigo y el Espíritu Santo
por los siglos de los siglos. Amén.

Oración del Jubileo de la Misericordia

Señor Jesucristo, tú nos has enseñado
a ser misericordiosos como el Padre del cielo,
y nos has dicho que quien te ve, lo ve también a Él.
Muéstranos tu rostro y obtendremos la salvación.
Tu mirada llena de amor liberó a Zaqueo y a Mateo
de la esclavitud del dinero; a la adúltera y a la Magdalena
del buscar la felicidad solamente en una creatura;
hizo llorar a Pedro luego de la traición,
y aseguró el Paraíso al ladrón arrepentido.
Haz que cada uno de nosotros escuche como propia
la palabra que dijiste a la samaritana:
¡Si conocieras el don de Dios!
Tú eres el rostro visible del Padre invisible,
del Dios que manifiesta su omnipotencia
sobre todo con el perdón y la misericordia:
haz que, en el mundo, la Iglesia sea el rostro visible de Ti,
su Señor, resucitado y glorioso.

¿Cómo ganarlas este Año jubilar?

Para vivir este Año jubilar y *obtener las indulgencias*, los fieles están llamados a realizar **una peregrinación hacia la Puerta de la Misericordia** abierta en la Catedral, así como en la Basílica de Santa María de Guadalupe y en la Sede litúrgica de cada una de Vicarías Episcopales: atravesar la Puerta significará el paso que cada cristiano tiene que dar del pecado a la gracia, entrar por Cristo mismo hacia la una nueva vida movida por la Misericordia de Dios y su cercanía que toca nuestra vida para que nos fortalezcamos en la fe y en la vivencia de la misericordia con los demás.

Para *quienes se encuentren imposibilitados* para llegar a las Puertas de la Misericordia (los enfermos, los ancianos solos y todos aquellos que no pueden desplazarse o salir de sus casas), la experiencia de la enfermedad y el sufrimiento, unida a Cristo, les mostrará el camino para dar sentido al dolor y la soledad: vivir con fe y gozosa esperanza esos momentos de prueba; en la medida de lo posible recibirán la Comunión eucarística y se confesarán, participarán en la Misa, también a través de los diversos medios de comunicación, orarán por las intenciones del Santo Padre y rezarán el Credo.

Los presos, tomando conciencia de la injusticia cometida y deseando sinceramente integrarse de nuevo a la sociedad, podrán ganar la indulgencia en la capillas de las cárceles; además, cada vez que atraviesen la puerta de su celda, dirigiendo su pensamiento y la oración al Padre, será para ellos el paso por la Misericordia de Dios. En la medida de lo posible, participarán en la Misa, recibirán la Comunión eucarística y se confesarán, igualmente, orarán por las intenciones del Santo Padre y rezarán el Credo.

¿Qué hacer?

- Antes de ir a la Catedral, la Basílica de Guadalupe o alguna de las Vicarías episcopales, me confieso.
- Llego a la iglesia, 15 minutos antes de la Misa. Frente la Puerta y me persigno y digo:
**Por la señal de la Santa Cruz,
de nuestros enemigos,
líbranos, Señor, Dios nuestro.
En el nombre del Padre y del Hijo
y del Espíritu Santo.**
- Luego atravieso la Puerta de la Misericordia, rezando:
**Creo en un solo Dios Padre todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra,
de todo lo visible y lo invisible.
Creo en un solo Señor, Jesucristo,
Hijo único de Dios,
nacido del Padre antes de todos los siglos:
Dios de Dios, Luz de Luz,
Dios verdadero de Dios verdadero,
engendrado, no creado,
de la misma naturaleza del Padre,
por quien todo fue hecho;
que por nosotros, los hombres,
y por nuestra salvación bajó del cielo,
y por obra y gracia del Espíritu Santo
se encarnó de María, la Virgen,
y se hizo hombre;
y por nuestra causa fue crucificado
en tiempos de Poncio Pilato;
padeció y fue sepultado,
y resucitó al tercer día, según las Escrituras,
y subió al cielo,
y está sentado a la derecha del Padre;**

**y de nuevo vendrá con gloria
para juzgar a vivos y muertos,
y su reino no tendrá fin.**

**Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida,
que procede del Padre y del Hijo,
que con él Padre y el Hijo
recibe una misma adoración y gloria,
y que habló por los profetas.
Creo en la Iglesia,
que es una, santa, católica y apostólica.
Confieso que hay un solo bautismo
para el perdón de los pecados.
Espero la resurrección de los muertos
y la vida del mundo futuro. Amén.**

- Espero a que empiece **la Misa**. Participo en ella consciente, plena y activamente: escucho con atención la Palabra de Dios, digo las respuestas, sigo mentalmente las oraciones dichas por el Sacerdote, me arrodillo en la Consagración y me acerco a comulgar.
- Después de que termine la Misa, me arrodillo y rezo por la intenciones del Papa, diciendo:
**Oremos por nuestro Santo Padre, el Papa Francisco:
El Señor lo conserve y lo guarde,
le dé larga vida, lo haga dichoso en la tierra,
no lo entregue en manos de sus enemigos. Amén.**
o también esta otra:
**Oh Dios misericordioso y eterno,
nuestro Pastor y Guía, mira con amor
a Francisco tu siervo, a quien elegiste
como sucesor de san Pedro y pastor de tu grey.
Escucha, Señor, la plegaria de tu pueblo
y haz que nuestro Papa,
Vicario de Cristo en la tierra,**